

DEL HOMBRE Y DE LA ESTETICA

LO EXOTICO Y LO TRADICIONAL (1)

Escribe: IVAN CLAUDIO

— I —

Lo exótico y lo manido son una misma cosa: un puente para el hombre común. El absurdo es fácilmente alcanzable por medio de la fe, y así ni el absurdo es exótico.

Estos dos elementos no pueden, por tanto, diferenciarse en “revolucionarios y tradicionales”: lo exótico está sujeto a la cadena fisiológica de miles de años. Lo exótico no ha podido liberarse de la sujeción mental a sus ascendientes.

Lo exótico no vive cuando proviene de algo. Puede existir para los demás como asunto social, cuando una inmensa mayoría desconoce al antepasado que lo produce.

Lo revolucionario no vive. Existe apenas para quienes desconocen la historia y para quienes no escrutan ni quieren escrutar el pasado. La revolución solo tiene cabida en la categoría de lo existencial. En la categoría vital nada tiene que hacer.

— II —

¿Qué es el exotismo? ¿Lo raro? ¿Lo aberrante? ¿Lo inactual? ¿Lo actual? ¿Lo natural? ¿La paranoia?

¿Qué es lo revolucionario? ¿El rompimiento con el pasado? ¿El cambio de las formas? ¿El descubrimiento de una nueva sociedad?

Lo exótico y lo revolucionario son meras formas de pensamiento: hacer lo que otros no hacen, abogar por lo que nadie quiere abogar, vivir en desacuerdo con la existencia para provocar el hechizamiento o modificar los estatutos vigentes.

Ser revolucionario y exótico es ser también tradicional. Lo exótico se produce en el hombre, porque el hombre así lo quiere, pero no porque

(1) Capítulo de una ...D.....? a aparecer.

realmente viva lo exótico. El hombre le da existencia para los demás, extrayendo el motivo de algún paraje extraño: recurre a tierras casi inexploradas, estudia sus costumbres y vive con sus costumbres en la civilización. Y lo exótico puede existir para la civilización, pero no vive en el hombre. Podría decir: lo exótico solo existe según los límites de la geografía.

Lo revolucionario tampoco existe en lo vital, mientras existe y asusta y devora la sociedad. Romper con el pasado es imposible, porque de él depende el presente, y el presente no puede romper con el futuro porque le es necesario en el tiempo. Entonces, ¿cómo puede romperse violentamente el tiempo?

— III —

Para romper el tiempo, no encuentro otra medida que la inactual. ¿Pero realmente es posible el inactualismo? Sí y no, pero no como forma revolucionaria: lo revolucionario no vive y solo existe en virtud del mayor o menor conocimiento de la ciencia.

Lo inactual puede encontrarse olvidando el tiempo, el espacio. Lo inactual puede encontrarse, careciendo de sensaciones, ignorándolo o poseyéndolo todo. En el inactual no puede haber dependencia o interdependencia con las cosas. Le es necesaria una absoluta independencia.

O independiente o poseedor. Le es necesario ser rey de una comarca deshabitada o permanecer psíquicamente desviado en una selva. El verdadero poeta, el gigante de la poesía, posee las dos condiciones. Le es necesario ser divino y humano, estar más allá de las cosas y poseer todos los defectos y todas las virtudes. O desconocerlos y no saber nada de ellos, pero sentirlos y superarlos para el deleite total.

Todo esto lo posee el poeta verdadero. Llega a poseerlo de grado en grado, alternativamente, jugando a lo humano y a lo divino, perfeccionándose en el defecto y en la virtud, reconociendo el tiempo para luego destruirlo.

Y lo destruye, olvidándose, sintiendo más allá de toda sensación para abolir todas sus sensaciones humanas. ¡Aún estamos esperando al hombre sin sensaciones!

Pero el hombre quiere su esclavitud, y limita su actividad de liberación a lo revolucionario o a lo exótico. Marx y Sade seducen al hombre actual. Le es más importante Marx que la libertad. Le es más importante Sade que la batalla contra la angustia.

Así, el hombre se enfrenta a sus enemigos con verdaderos fantasmas. Fantasmas que asustan a sociedades sin experiencia, sin viajes, sin océanos, sin lecturas.

Es el hombre agotado por el miedo. La epilepsia visionaria le es extraña: es el epiléptico sin visión, limitado por la geografía y por el tiempo, neuróticamente asido a él o a sus contemporáneos: es el hombre-sociedad, el hombre-moral, el hombre-colectivo. Sus actividades por la libertad

son limitadas por la economía: se compromete con la sociedad para subsistir.

Un hombre así no puede liberarse. Busca elementos de media liberación: se hace exótico para los demás, y es entonces existencialista, nihilista o sádico: va a los bajos fondos del espíritu y del sexo, sodomiza sus ímpetus, se hace bohemio. Un hombre así no puede liberarse. Busca caminos, escruta, se idealiza en la guerra, y llega entonces al Marxismo, al socialismo, a la revolución: quiere romper las viejas estructuras y construir una nueva sociedad: quiere romper las viejas cadenas para crear cadenas nuevas, aún más fuertes, más extrañas, más difíciles.

Así el hombre desnaturaliza la libertad: la revolución y el sadismo se convierten en elementos de tradición: son medias formas de libertad, y el hombre continúa sujeto al ciego imperio de la naturaleza.

El hombre no ha querido liberarse, no ha querido ser ciego y visionario al mismo tiempo. No ha querido ser ciego voluntario para liberarse del paisaje inmediato, aun cuando la poesía ha llegado a liberarlo en parte. La sumisión a lo inmediato le ha impedido desarrollar su misión en la inmortalidad, y queriendo considerar la naturaleza como una oposición a la inteligencia, la naturaleza se ha hecho superior y el hombre no ha podido llegar a conocerla: solo la poesía ha llegado a equilibrar las fuerzas del espíritu con las de la materia, y así el hombre y el cosmos llegan al inmenso equilibrio.

En esta condición, el hombre se mide con la medida relativa de las cosas. Aún no ha podido llegar a la medida absoluta y menos aún a superarlas.

Se trata de la más funesta inclinación a mirar de cerca el paisaje cotidiano: el hombre común prevee y tiene miedo a la fatalidad del abismo: el juicio final lo tiene asido al juicio eterno. El hombre común es el magnífico intermediario de la esclavitud en el mundo de la libertad: desde el pecado original hasta el juicio último, el hombre actúa cohibido por el miedo y la inseguridad. Es el fanatismo ético llevado desde sus primeras causas hasta sus últimas consecuencias.

Esta inclinación es de por sí un sacerdocio: algunos visten de blanco y predicán la virtud y la sujeción a la virtud. Otros visten de negro y transforman el pecado en una actividad social. Están dominados por el pecado. Algunos visten de rojo y defienden la revolución: están sujetos a las nuevas cadenas de Marx, vistiendo cadenas remendadas, asidas a retazos del pasado, del presente y del porvenir. Estos últimos se sujetan a una cadena interminable, y la revolución —una vez concluída— los desencanta.

— IV —

Lo exótico y lo tradicional instituyen una vida ordinaria, real: las cualidades más preciosas del hombre, se tornan efímeras y particularmente excitan una vida subterránea, formal, generosa: excitan la destrucción del individuo.

Lo exótico en nada se opone a lo tradicional. Ya he dicho que son una misma cosa, una misma forma que depende de las circunstancias. Ahora bien: lo paradisiaco no se obtiene con lo exótico. Lo paradisiaco, lo perfecto, no está exento de pecado, pero tampoco depende de lo virginal, de lo angélico. Lo paradisiaco no está sujeto a un control doctrinal: es quizá un acto de ilusión o de locura.

Ni lo tradicional —en cuanto a lo exótico—, ni lo tradicional —en cuanto a lo revolucionario—, suman la luz y las tinieblas. Y eso es la libertad: luz y tinieblas. Lo tradicional, en sus múltiples categorías, no es malo ni falso. Y eso es la libertad: desconocer la maldad y falsificar lo falso. Este es el estado paradisiaco: el hombre sin tiempo, sin espacio, sin convencionalismos, sin revolución, sin tradiciones. El estado paradisiaco es la ignorancia a plena luz y la sabiduría en las tinieblas.

— V —

Lo otro es tradición. El combate es tradicional, la culpabilidad y el castigo nos vienen desde el paraíso. La vida debe ser un paso hipnótico por el mundo. Un hipnotismo total: cero menos cero en la luz, y una sabiduría absoluta en las tinieblas. Una sabiduría que no pueda expresarse, que no pueda salir. Cero menos cero: una ignorancia sembrada sobre la acción, para ser superior a la acción y a la naturaleza.

El estado paradisiaco es un estado individual de ilusión: una felicidad en la decadencia y en la grandeza. Lo paradisiaco es inactual, y el hombre inactual es bárbaro y es pastor.

Por el contrario, el actualista es un esclavo-libre: un exótico sujeto a las circunstancias, un revolucionario asido a las teorías y a las situaciones sociales. En el inactual no hay circunstancias dominantes: es bárbaro y pastor.

Por ello dije al principio: lo exótico y lo manido son una misma cosa: un puente para el hombre común.